

LA MUJER

PERIODICO SEMANAL

HISTORIA, POLITICA, LITERATURA, ARTES, LOCALIDAD.

OFICINA:— IMPRENTA DE LA LIBRERIA DEL MERCURIO, CALLE DE MORANDÉ, 38.

AÑO I.

SANTIAGO, MAYO 26 DE 1877.

NUM. 2

REDACTORA.

Señora Lucrecia Undurraga, viuda de Somarriva.

COLABORADORAS.

SANTIAGO.

Señora Hortencia Bustamante de Baeza
" Mercedes Rogers de Herrera
" Enriqueta Calvo de Vera
" Isabel Le-Brun de Pinochet
" Mercedes A. Latorre, viuda de G.
Sta. Enriqueta Solar Undurraga
" Victoria Cueto
" Elvira Meneses
" Elisa Charlo
" Antonia Tarragó
" Rosa Z. Gonzalez

VALPARAISO.

Señora Rosario Orrego de Uribe
" Eduvijis Casanova de Polanco
Sta. Rejina Uribe Orrego
" Anjela Uribe Orrego
" Dolores L. de Guevara
" Adela Anguita

SAN FELIPE.

Señora Aurora Baratoux de Arrieta
Sta. Enriqueta Courbis

SERENA.

Señora Mercedes Cervelló de A.

TALCA.

Sta. Emilia Lisboa

CURICO.

Sta. Carolina Olmedo

CHILLAN.

Señora Mercedes Maira de Moreno
Sta. Ercilia Gaete

RENGO.

Señora Clara Luisa Arriarán

COPIAPO.

Sta. Isabel Randolph

TALCAHUANO.

Sta. María Luisa Cerna

SUMARIO.—1.º Editorial, por la señora Lucrecia Undurraga.—2.º Reflexiones sobre la educacion de la mujer en Chile, por la señora Eduvijis Casanova de P.—3.º Cartas a Hortencia, por la señorita Raquel Sota Neri.—4.º Una página de mi libro de memorias, por la señorita Isabel Randolph.—5.º La hija de San Vicente de Paul (traduccion del frances), por la señora Enriqueta Calvo de V.—6.º Recuerdos (a mi esposo), poesía, por la señora Clara Luisa Arriarán de V.—7.º A la virtud, poesía, por la señorita Rosa Z. Gonzalez R.—8.º Revista de la semana, por Safo.—9.º Remitidos.

LA MUJER.

Sin quererlo ni aun imaginarlo, parece que "La Mujer" ha llevado el extravío a ciertos criterios, la perturbacion a muchos hogares.

El lema de nuestra bandera—"rejenacion i emancipacion de la mujer"—nos ha traído interpretaciones de todo jénero: erróneas algunas, mui avanzadas otras, equivocadas todas.

Tal estado de cosas nos conduce a la necesidad de comentar nuestra divisa para llegar a un fin que juzgamos previo: sentar sobre bases claras i fijas la marcha de "La Mujer."

Alguien ha dicho que nuestra tarea de rejenar a la mujer era poco ménos que una tarea inútil: acometíamos una empresa realizada ya hace siglos por el cristianismo, i queríamos—temeridad inau-

ditada—arrebatar esta gloria a la santa doctrina de Cristo para repartirla entre nosotras i no sé qué afortunado de la hora presente.

Otros, i otras sobre todo, creyendo que la "emancipacion de la mujer" encierra una amenaza inmediata contra todo lo establecido, nos miran como revolucionarias peligrosas i frenéticas: intentamos despojar a la mujer de "su mas poderoso atractivo,—la modestia; de su mas valioso encanto,—el recato, para arrojarla no se sabe con precision en qué abismo de males i miserias.

Demoleadoras infatigables, vamos a trastornar todo el orden social i—lo que es mas grave—a desorganizar la familia: la madre abandonará sus caros deberes de providencia del hogar; la esposa, su mision de amor i de paz; la hija, sus tiernos afectos, su candorosa inocencia.... ¡La invasion de las bárbaras huestes del feroz Atila no causó tanta devastacion i ruina al imperio de Oriente como las que traerán a Chile las ideas proclamadas por "La Mujer," si hai alguién bastante ciego i obcecado para escucharla!

I todo ¿por qué?

Desde luego, estamos perfectamente de acuerdo con los que derivan el principio de la rejenacion de la mujer, del sublime i dulce evangelio cristiano.

de corazón la obligó a aceptar como una gran merced su dependencia i esclavitud, el hombre—su señor—no hizo de ella mas que el sér útil a su peregrinación o el instrumento de sus placeres.

Donde quiera que éste iba, ya fuese en la llanura o en la cumbre de los montes, en el árido desierto o en medio de los fértiles bosques, allá le seguía ella para prodigarle sus cuidados. Pero el hombre, orgulloso con su dominio sobre el mundo material, engreído con las fuerzas físicas de que le dotara el cielo, no miró nunca a la mujer como una compañera de su vida, con iguales derechos a él.

En aquellas edades no se dió a la mujer un solo privilegio; nada se hizo por sacarla de la ignorancia i de la miseria, nada por su conveniencia i dignidad; se le exigía, sin embargo, la mas completa abnegación,—poner su alma i su cuerpo al servicio de su señor.

Nadie pensaba en investigar el derecho con que se la oprimía, ni ella misma se atrevía a rebelarse contra la opresión.

Antiguas tradiciones nos pintan a la mujer como la víctima marchando alegre al lado de su verdugo.

* *

Andando el tiempo, la mujer principió a imitar al hombre en el raciocinio; buscó el modo de hacer valer lo que nadie podía quitarle; se valió de sus gracias personales i de su hermosura, i entonces apareció en el mundo la *seducción*.

En ésta estribó su fuerza.

El hombre se encontró sorprendido; pero, de grado o por fuerza, aceptó la idea i reconoció el imperio de la hermosura. La mujer triunfó, pues, en este primer ensayo.

Se quitó algunas de sus cadenas i las tomó en sus manos para aprisionar a su vez al admirador de su belleza.

¡Feliz entonces la que nacía hermosa!... ¡para ella sola era el triunfo!... para las demás, la oscuridad, la muerte.... Pero aun ese triunfo era efímero como una ilusión.

En los primeros momentos se la erijan pedestales, se le quemaba incienso i se le ofrecían presentes como a una diosa; pero ésto era tan solo mientras estaba tersa la frente, viva i centellante la mirada, encendidos los colores i mórbidas las formas; mas apenas se marchitaban sus atractivos, volvía a caer en el olvido i abandono.

El hombre ocultaba su vicio de dominación bajo la máscara de sumisa dependencia, hasta el momento en que podía herirla moralmente i marchitar para siempre los bellos instintos del corazón.

Esto lo hacía con arte i con método, haciéndole apurar gota a gota la copa de los deleites i placeres,—venenos lentos pero infalibles que hacen que la víctima caiga al abismo de la desesperación sin haber exhalado antes ni un lamento, ni un ¡ai!....

Por eso es que el paganismo—déspota por excelencia—abrió templos, donde la mujer, convertida en sacerdotisa, no quedaba por eso a salvo de la tiranía, i a menudo se veía a éstas ir coronadas de flores a la pira del sacrificio.

Siempre la tiranía, concediendo como favor aquello que no podía ya negar; siempre la mujer en mísera condición, aunque deleitando su espíritu una secreta complacencia al creerse señora del hombre, hasta que en medio de la embriaguez de sus triunfos llegaba el momento del desengaño, del abandono.

* *

Pasan los siglos, i la mujer siempre vendida i esclava, deja una servidumbre por otra.

Se acostumbra a los honores i riquezas; vive en paz en medio de las intrigas i hasta del crimen, i cree en su oscurecida razón, que no tiene otro destino sobre la tierra.

No hai en el corazón de la mujer, en esta nueva faz de la vida de la humanidad, otro móvil que el placer i la riqueza.

El honor, la moral, la dignidad, el pudor, son palabras muertas para ella, porque se ha tenido cuidado de no dejarle conocer los grandes principios de donde dimanar, ni lo sublime de las virtudes que ellas representan.

Una que otra excepción aparece de cuando en cuando como un rasgo de adorno en la historia de las jeneraciones, pero esas mujeres i sus hechos son metéoros que se disipan con la velocidad del relámpago: aparecen i desaparecen sin dejar mas huella que un débil recuerdo de su pasaje.

Llega por fin el momento en que un Hombre-Dios viene a predicar al mundo i a enseñar verdades desconocidas.

El exalta a la mujer, la purifica i la levanta a la altura del hombre; derrama en su alma los sagrados destellos del entu-

siasmo; le hace comprender su misión en la tierra i los santos deberes que le impone; la asocia a la sublime obra de la *Redención de la humanidad*, de la abolición de toda esclavitud por medio de la práctica de las sagradas máximas del Evangelio.

Desde ese momento, la luz divina irradió sobre el corazón de la mujer i bañó su inteligencia, haciéndole comprender que tenía un destino señalado por Dios i que estaba dotada de las facultades necesarias para alcanzarlo.

EDUVIJIS C. DE POLANCO.

(Continuará.)

LITERATURA.

Cartas a Hortensia.

Héme aquí, amada Hortensia, en la bella i suntuosa ciudad que el Mapocho lame con sus turbias aguas i arrulla con sus murmullos; héme aquí escuchando, con oído atento, los fútiles ecos que de su seno se levantan, para fijarlos en el papel, dando así principio a la correspondencia semanal que os tengo prometida, la cual continuaré sin interrupción durante el tiempo que permanezcáis confinada en vuestro campestre retiro.

Por ahora solo me contraeré a hablaros de la sensación que ha causado en nuestra sociedad la publicación de un periódico semanal titulado "La Mujer", redactado por plumas femeninas, cuyo primer número os envío. La opinión se ha dividido en dos corrientes contrarias, que se estrechan i combaten entre sí. Progresista la una, apoya i aplaude el pensamiento que inspiró la idea de fundar un periódico que fuese el órgano de las aspiraciones de la mujer, el campeón que defendiese sus intereses i sus derechos en caso necesario. Retrógrada la otra, desaprueba que la mujer se dedique a trabajos literarios, como una cosa ajena de la misión para que fué criada.

La mujer literata—se dice—desatiende los deberes del hogar, se deprava, se hace escéptica.—Tales cargos son tan fútiles como calumniosos, i basta examinarlos a la luz de la razón para que salte a la vista su falsedad.

¿La mujer literata no cumple con sus deberes?

Una mujer del gran mundo tiene tiempo de sobra para asistir a los paseos, al teatro, a los bailes; para hacer viajes de recreo en la estación veraniega, ¿no lo tendría, sin faltar a sus deberes, para consagrar una o dos horas al arte tan precioso como útil de trasladar al papel las impresiones que recibe a la vista de los objetos visibles i la marcha de los acontecimientos?

¿La mujer literata se deprava?

La mujer ilustrada, amante de las letras, se apasiona de todo lo que es grande i bello; por consecuencia precisa tiene una intuición mas perfecta de la virtud, que es la suprema belleza, i la practicará con mas tino que la mujer ignorante, a quien un falso celo extravia con frecuencia.

¿La mujer literata es escéptica?

Los sentimientos religiosos son innatos en el alma, i el que sea una mujer atea o creyente, no depende de la mayor o menor instrucción que tenga. En el martirologio romano está comprobada mi afirmación: en él se lee la historia de varias santas que se distinguieron tanto por el brillo de su virtud, como por su alta ilustración, al paso que otras no tuvieron mas ciencia que su fe sencilla.

Están, pues, en un grave error los que formulan el temerario aserto de que el cultivo de las letras es para la mujer la manzana prohibida que perdió a Eva.

Yo pregunto: ¿por qué la mujer no ha de tener bastante discernimiento para distinguir un libro bueno de uno malo? ¿por qué habría de tomar una senda extraviada la mujer que abraza la carrera literaria con un fin laudable?—De un valor heroico necesita la mujer para arrostrar preocupaciones inveteradas, para no desmayar en la lucha que tendrá que sostener contra influencias poderosas que tratan de apartarla de un terreno vedado para ella. Ah! ella

tendrá que cargar con el ridículo, el vituperio, el anatema...

Un impulso involuntario me hace aquí arrojar la pluma que de tan poco sirve a la mujer.... Vuelvo a cojerla para exhortaros a que os guardéis de caer en la tentación de escribir alguna vez para el público: no ejerciteis la pluma sino en escribir cartas a vuestra fiel amiga

RAQUEL SOTA NERI.

Una página de mi libro de memorias.

A MI HERMANO JUAN.

(Muerto el 14 de diciembre de 1873.)

En el orden de la naturaleza, todo está sujeto a una inviolable ley, i es necesario que las cosas se cumplan indefectiblemente.

La vida, según ese orden, tiene su principio i su fin, porque así lo dispone el Legislador Supremo; i El es el que ha hecho que tú, mi querido hermano, tocaras a tu término obedeciendo a los secretos designios de la Voluntad Eterna.

Es verdad que dejas en mi corazón un vacío inmenso, vacío que me será imposible volverle a llenar algún día... tal vez jamás!..... pero confío en que aquel Soberano Señor, siempre dispuesto a galardonar con usura la virtud de sus servidores fieles, te habrá dado un lugar en el cielo!

El haber merecido una recompensa tan alta, tan inestimable en la mansión de la bienaventuranza, te hará mirar, sin duda, con placer los pasados trabajos de tu larga enfermedad.

¡Esta risueña esperanza, hermano querido, sirve de lenitivo a mi justo dolor!....

¡Ah, hermano mío! ¿i no me engaño? ¿es indudable que has muerto? ... Sí! sí! i yo ménos que nadie puedo dudar; yo que tuve el sentimiento de ver la última luz de tus ojos, de oír el último suspiro de tus labios, que voló a las alturas!..... Me satisface, al ménos, el haberte prodigado durante tu penosa enfermedad todas las atenciones i cuidados que me permitían mis débiles fuerzas, i el haber tenido entre las mías tu querida mano, hasta que el hielo de la muerte vino a enfriarla..... Pero, a pesar de estos evidentes motivos, que me están probando que ha concluido tu existencia, siento en mi corazón una voz mas convincente i poderosa que me dice:

«Tu hermano no ha muerto: vive en un mundo mejor, en un mundo rico de belleza, de esplendor, de paz i de dicha: vive la vida perfecta, i sin olvidarte a tí, goza su espíritu de la claridad eterna, que le deja ver todas las cosas sin velo, i tal cual es la verdad de ellas. De esa claridad no puede gozar la limitada inteligencia humana encerrada aun en su oscura cárcel material. Las sombras de las pasiones ofuscan aquí esa brillante luz que, de cuando en cuando, alumbra nuestra razón».

Aunque has dejado a la tierra los despojos de la naturaleza, lo que te servía de cubierta para ocultar a los ojos de los mortales tu bello espíritu, estoy convencida, inolvidable hermano, que has ido a fijar tu residencia en la Patria de la Inmortalidad, i que desde allí estás unido a mí por los dulces vínculos del amor de Dios, el mas perfecto i desinteresado de los amores!

Tú en la Iglesia triunfante i yo en la militante, servimos i alabamos a un mismo Señor.

Tú que ya has concluido tu carrera, tú que has salido ya del campo de batalla i recibido los laureles de victoria, ruega por mí, intercede por tu débil hermana! Grande es la falta que hoy me haces, i siento una imperiosa necesidad de desahogar mi corazón, de confiar mis sentimientos al compañero de mi infancia; i por donde

quiera que te busque, no encuentro sino los recuerdos de aquel que fué mi mejor amigo, el hermano cariñoso, el intérprete fiel de mis recónditos pensamientos i emociones!....

¡Cuánto necesito yo ahora de tus buenos i saludables consejos!

Para suplir en algo tu falta, he buscado ese consuelo en mis amigas; pero ellas solo contestan a mi corazón con una de esas frases que se dicen por costumbre cuando los sentimientos de caridad nos obligan a consolar al desdichado.

Antes nó: era un corazón que abrigaba para mí generosas inclinaciones de fraternal cariño, quien me hablaba. Era un corazón que se interesaba por mi felicidad. Una palabra nacida de él i pronunciada por tus cariñosos labios, que estaban habitualmente adornados de suave sonrisa, hacia volver a mi corazón su tranquilidad i contento!.....

¿Dónde, mi querido hermano, te podré encontrar? ¿Dónde podré gozar de tu amable compañía?

Por mas que extienda mi vista a cuanto me rodea, i atraviése con mi pensamiento los montes, los mares, los espacios; por mui veloz que sea el delirante vuelo con que mi cariño te sigue, siempre tu sombra se aleja mas i mas, i llevo, por fin, a estrellarme con la terrible verdad de la muerte, i a ver ese insondable piélago que nos separa!

Sin embargo, hai un sitio en donde perpetuamente encuentro estampada tu imájen: ese sitio es mi corazón. Aquí es donde sin cesar te veo con los ojos del amor fraternal, i donde está escrito tu nombre con la tinta indeleble de la gratitud i del cariño.

¡Adios, hermano querido! goza en paz de las delicias del Paraíso: tu alma se alegrará con la verdadera alegría. La muerte del justo es el fin de los trabajos, la puerta de la vida i el principio de la eterna felicidad!

I. R.

Copiapó, diciembre 14 de 1874.

La hija de San Vicente de Paul

Por Luis Lecat.

(Traducción de ENRIQUETA CALVO DE VERA.)

I

Dejaremos a la prensa el privilegio, muchas veces peligroso, de arrojar incienso a los grandes de la tierra.

La hija de San Vicente de Paul.... hé aquí nuestra heroína!

Al tributar homenaje a tantas puras i modestas existencias, no haremos relucir a los ojos de nuestras lectoras ni el brillo del oro, ni el atractivo de las grandezas, pero tampoco las aflijiremos con el espectáculo de la ambición personal ahogando al jenio, o del despotismo oscureciendo la gloria.

La humildad unida al valor; el abandono de sí misma en provecho de todos; es decir, la abnegación, las exigencias del cuerpo rechazadas por la fortaleza del alma, tales son las virtudes que queríamos pintar con los mas vivos colores.

¡Qué amor tan sagrado al prójimo aquel que se alimenta i crece al contacto de las miserias humanas!

Amor tres veces sagrado aquel que, purificado por la pobreza, por la obediencia i la castidad, va a fundirse, cual chispa divina, en el hogar divino.

II

Quien no haya asistido a una profesión religiosa, no

puede formarse una idea de la emocion tan profunda i extraña que sienten todos aquellos que la presencian.

Los sentimientos i la admiracion, la tristeza i la alegría invaden el alma en confusa mezcla de amargas sensaciones a la par que dulces!

Nos sentimos tentados a exclamar: «Detente, jóven niña, no vayas mas léjos; tu inexperiencia del porvenir te pone ciega; vuelve en medio de nosotros, tu lugar está vacío; vuelve, para consolar a tu padre i a tu madre, a quienes tu partida ha dejado en el aislamiento i en la desesperacion; vuelve, que podrás todavía servir a Dios sin abandonar tu familia».

Nos sentimos tentados tambien a exclamar: «No desmayes, querida niña, no desmayes. El mundo que abandonas, no vale la pena de sentirlo. Cada goce encuentra en él un dolor; cada dicha, un desengaño. No desmayes; pues en cambio de algunos dias de privaciones en este mundo, el Padre Celestial recompensa con una eterna felicidad a las castas desposadas de su hijo!»

En fin, la valiente jóven va luego a cumplir el acto mas solemne. A los últimos suspiros de la naturaleza vencida, ella opone la heróica majestad del sacrificio, se prosterna sobre las gradas del templo santo, i cuando se levanta, la sociedad cuenta una mujer de ménos i los desgraciados una madre mas.

III

Si el desprecio de los goces terrestres no significara el triunfo mas brillante de la fe sobre la incredulidad, del espíritu sobre la materia, i del alma sobre el cuerpo, ¿por qué entónces los seres mas escépticos, i aun los mas depravados, se sentirian convencidos, desarmados por la conmovedora ceremonia que consagra la pronunciacion de los votos?

Pues tú, jóven, que calificabas de enfermedad moral la piedad de tu madre, un dia te hemos visto inclinarte a tu turno piadosamente en presencia de una simple profesion.

Sin embargo, tú habrás entrado en el santuario con la ironía en los labios; tú te habrás prometido recrear tu ociosidad con impertinentes sátiras; tu mirada estaba cargada de insolencia, cuando de un momento a otro el Espíritu Santo descendió sobre tí.

En un pliegue de tu corazon, ignorado de tí mismo, oíste vibrar la voz armoniosa de tu infancia, con la cual recitabas en otro tiempo la oracion de la mañana i de la noche; después, como en los bellos días de tu adolescencia, respiraste el perfume penetrante del cristianismo, i bajo esta presion acariciadora del fluido divino, tu impiedad de convencion desapareció como un sueño penoso que disipa un sol brillante.

IV

Tales conversiones no son obra de un entusiasmo pasajero, pues la sensibilidad de los incrédulos no se deja convencer por sacrificios ilusorios.

En efecto, es mas difícil que lo que se cree generalmente, resistir a las seducciones que se presentan en todas partes.

En este siglo fecundo entre todos, es cierto, pero en que se vende el amor, se cotiza el pudor i en que se pone precio a la virtud, la hija de San Vicente de Paul se nos presenta como un contraste conmovedor i severo.

Ella es libre, sin embargo; ella puede romper en un instante los votos que ha pronunciado; ella no ha apisionado tras de una reja el arrepentimiento o la inaccion de las religiosas claustradas; ella atraviesa sin temor nuestra atmósfera pesada de sensualismo, i cuando desciende en esta arena tumultuosa por las pasiones humanas, no toma parte mas que para calmarlas i disminuirlas.

V

Ella sucumbe algunas veces en su tarea: la muerte se lanza con demasiada frecuencia sobre el redil llevándose la mas jóven i la mas dulce de sus ovejas.

Ayer era la hermana María Teresa, hoy es la hermana María Luisa, demasiado débil para resistir al aire mefítico de la enfermería; se enfermó a su vez, i después de una dulce agonía, durante la cual sus labios han estado pegados a los piés del crucifijo, su bella alma que le venia de Dios, volvió hacia Dios.

Algunas personas virtuosas la conducen a su última morada; éstas se preguntan en vano su nombre de familia, pero todas lo ignoran; se llamaba simplemente hermana María Luisa; los pobres i los enfermos lo sabian bien, i eso les bastaba.

Sus padres saben un poco mas tarde la muerte de su hija.

A esta nueva fulminante, la voz de la sangre se despierta imperiosa, i los sollozos, esta lúgubre armonía del dolor, se dejan oír en todos estos corazones oprimidos....

Queda un retrato entre los recuerdos que ha dejado la querida difunta. Corren a buscarlo i todos a la vez quieren volver a ver esas facciones queridas, esos bellos ojos negros que parecen reflejar la dulzura i la bondad de la que ya no existe.

Las mas jóvenes reconocen a su hermana mayor, que habia partido para ser religiosa cuando ellas estaban todavía pequeñas; reconocen esa boca tan querida que sonreía tiernamente en las primeras horas de su infancia; i como si ellas quisiesen volverla a la vida, la cubren de lágrimas i de besos.

Desde entónces la pequeña miniatura no es ya una fotografía vulgar; se la cuelga al lado de la imájen del Salvador, i para siempre será ella el retrato de la santa de la familia, ella será la madona del hogar!...

VI

No podemos aquí hacer resaltar en toda su plenitud la utilidad de la hermana de caridad; se necesitarian volúmenes para señalar los servicios que ha prestado i que debe prestar todavía.

En el palacio como en la choza, en la casa del rico como en la del pobre, en todas partes se la encuentra.

Que los quejidos del dolor salgan de un lecho dorado como del en que yace el desvalido, su abnegacion es inalterable.

Los huérfanos i los enfermos, los heridos i los ancianos, todos tienen un lugar en su inmenso amor, en su inagotable caridad.

Oh! sigámosla, pues su mision no está todavía cumplida!

¿Veis esa escuadra que se apresta a partir para una expedicion lejana? Mirad bien, i en medio de los imponentes navíos de guerra, en medio de las fragatas cubiertas de brillantes uniformes, apercibireis una nave de aspecto modesto i de pacífica marcha.

Mirad mas de cerca, i distinguireis vestidos de sayal i cornetas blancas que de léjos parecen blancas alas desplegadas sobre las ondas. Por estos vestidos habreis reconocido a las religiosas que acompañan el ejército frances.

¿Qué les importa el cansancio? qué les importa los peligros de las tempestades? qué les importa la tortura aun cuando la victoria llegara a favorecer un enemigo bárbaro?—Ah! verdad: los soldados de la Francia son valientes, saben desafiar los peligros i hacerse matar; pero estas débiles mujeres, que se han hecho soldados de Cristo, ¿no son acaso tan valientes al exponerse voluntariamente al martirio?

¡Cada uno tiene su valentía!

VII

Valor, pues, nobles mujeres, valor! La Providencia se

sirve muchas veces, para cumplir sus designios, de los infinitamente pequeños.

Valor! i cuando el cañon por una parte i la locomotora por otra, hayan aproximado los mundos materiales, se verá surgir un mundo moral, un mundo benéfico, a cuya edificacion vosotras habreis ampliamente contribuido.

Valor! i el idólatra, cuyas heridas hayais curado, despedazará sus ídolos para adorar al Dios de la buena hermana de los blancos!... Valor! i en un momento dado, el campeón de la civilizacion i el de la barbarie abjurarán su pasado sangriento en un abrazo religioso i fraternal.

Valor, en fin!—¿i quién sabe?—Dios permitirá quizas un día a la humilde hija de San Vicente celebrar la primera, sobre alguna montaña del Líbano o sobre la cumbre sagrada del Gólgota, la union de todos los pueblos por la universalidad del cristianismo!

Recuerdos.

(A mi esposo.)

¡Cómo tu tierno labio sonreía
Al darte aquella blanca i pura rosa!
¡Cómo tu dulce boca temblorosa
En mi mano mil besos imprimía!

¡Cómo llorabas tú viendo que impía
La suerte cruel en noche tenebrosa,
Mi vida amenazaba, i quejumbrosa
Un ¡ai! continuo el alma repetía!

¡Cómo al pedirme mi retrato un día
Tu mirada era lánguida, amorosa!.....
Mas, no quiero seguir; soi mui dichosa
Amándote, bien sabes, alma mía!

CLARA LUISA ARRIARÁN DE V.

Rengo, 1877.

A la virtud.

Del ruiseñor la dulce melodía
Quién imitar pudiera, Dios eterno!
Para entonar con plácida alegría
Un canto a la Virtud amante i tierno.

Emanacion sublime, bello encanto,
Solo tu inmenso amor es quien me inspira
La humilde trova que con fe te canto
Al leve son de mi modesta lira.

Claro destello de la luz divina,
Celeste irradiacion que al pecho alienta,
Bellísimo ideal que me fascina,
Pensamiento que halaga i alimenta;

Cándido i misterioso sentimiento
Que lleva al alma sin igual ternura:
Eres la dicha que embriagada siento,
Aspirando tu esencia i tu frescura.

Eres la bella flor que nace i crece
En toda alma sublime i jenerosa;
Si el aquilon furioso la estremece,
No consigue inclinar su faz preciosa.

Flor preciada, los ángeles gozosos
Vienen a recojer tu rica esencia,
I llevándola al cielo presurosos,
La esparcen del Eterno en la presencia.

Entre tanto, mas bella aquí te ostentas
Como en rico pensil la siempreviva,
I doquier regalada te presentas
Tus encantos brindando mas activa.

Del dolor lenitivo eres, Hermosa,
Aspirando tu aroma goza el alma;
Que tú eres una vírjen misteriosa
Que inunda el pecho de apacible calma.

A la que triste llora i aflijida
Un consuelo infinito tú le has dado,
Pues endulzas las penas de la vida
Llevando la esperanza al desgraciado.

Ven ¡oh Virtud! mi corazon te llama;
Ven mi delicia a ser i mi consuelo,
Que arda en mi pecho tu divina llama
Es todo mi pensar, todo mi anhelo.

Cúbreme con tu manto, vírjen pura,
Líbrame de los golpes de la suerte;
Goce yo tus caricias, tu ternura,
I seré venturosa hasta la muerte.

¡Salve, Virtud consoladora i bella,
Radiosa antorcha del poder divino,
Sé para mí la inseparable estrella
Que derrame su luz en mi camino!

Cual faro que señala al navegante
En borrascoso mar el rumbo cierto,
Muéstrame de la muerte en el instante
El bendecido i anhelado puerto;

Donde moran los ángeles i santos,
Allá en esa mansion omnipotente
Donde se alaba a Dios con dulces cantos
I es la vida gozar eternamente.

ROSA Z. GONZALEZ R.,

alumna del Colejio de la Recoleta.

REVISTA SEMANAL.

Alguien ha dicho que la lira del poeta enamorado murmura amor, i que lo murmura tambien en el bosque el canoro ruiseñor. Pues bien, si todo es murmurar, ¿no es justo que nosotras las mujeres tengamos tambien siquiera ese derecho, ahora que se nos niega toda personalidad i que se eleva el grito al cielo porque pretendemos dar un paso mas para llegar allá donde nos empuja la civilizacion en el presente siglo?

¿I qué cosa es una revista?—Es solo un murmurar con mas o ménos gracia, segun sean los sucesos ocurridos en la semana.

¡Pobre entónces de mí! ¿Qué contar a mis lectoras que las entretenga, cuando la capital está silenciosa i ni siquiera los hombres quieren casarse?

Hablar de Paraf o del R. P. Ireneo seria solo repetir vulgaridades que ya están pasadas en autoridad de cosa juzgada, valiéndome de la expresion de un amigo licenciado, que a cada paso me la encajaba ahora noches, i que yo la aprovecho para salir de mi apuro.

No obstante esta escasez de novedades, voi a narraros lo que ha ocurrido i lo que he visto en la semana, i a contaros mui al oído otras cosas, suplicándoos que guardéis silencio i que lo dicho no salga de una simple revelacion de confianza, a fin de que no se me comprometa en nada, por si no saliere cierto cuanto se me ha asegurado con las reservas que yo tambien os encargo.

* * *